

Vanessa

Pseudónimo: Ryan

(Datos personales en la última página)

Jen Dorian aparcó el Mini Cooper gris. Después de tres horas conduciendo al sol de julio de la meseta, las montañas la habían acogido con una bruma inesperada y, tras el desvío de la carretera nacional, el balneario ofrecía un refugio de frescor. Había leído el panfleto de publicidad: “Una inmersión en la naturaleza, una experiencia única”. La única naturaleza que Jen conocía era la básica de todo ser vivo, la de nacer y morir. Era a la segunda a la que se encontraba fuertemente ligada.

El acceso al hotel era elegante: el vestíbulo estaba forrado en piedra natural y una pantalla ofrecía imágenes de cascadas. Durante un instante, Jen sintió algo parecido a la calma. Sacudió la cabeza y se dirigió a la recepción. No era momento para distraerse.

—Jen Dorian —dijo colocando el bolso sobre el mostrador.

La recepcionista revisó la pantalla. Jen ya sabía que su habitación era la 312, corredor de la derecha, cuarta puerta. Justo al lado de la junior suite.

Hizo un garabato en la hoja de admisiones y, al darse la vuelta para dirigirse al ascensor, le vio: Ryan Waterfall, su último encargo.

Metro ochenta y dos, cuarenta y tres años, constitución ancha, cabello plateado, ojos grises, piel pálida y brazos de gimnasio. Le gustaba navegar y a veces practicaba hípica, pero no poseía un caballo propio. Quizá era lo único que no poseía. Doble pasaporte: el americano, de nacimiento; el suizo lo había obtenido tras una campaña de compra-venta de acciones tan agresiva que había desestabilizado el mercado financiero durante un par de horas. Tres veces había pasado por el altar y tres veces por el juzgado de divorcios. Con la primera esposa se casó a los diecinueve años, ella estaba embarazada, se separó a los veintiuno. En los últimos quince años solo había visitado al chico una vez. Les pasaba dinero, pero nunca llamaba. La mejor definición de padre ausente. Con la segunda se casó a los treinta y dos. Ella tenía diez años menos. De su relación nació una niña. Se separaron por acuerdo mutuo un año después. Ni siquiera llevaba una foto de su hija en la cartera. El matrimonio con su tercera esposa había sido el más breve de todos, menos de seis meses, y el divorcio

le había costado más que los dos anteriores juntos. Su vida resumida en números: una fortuna en acciones, acreedor de media Europa, estaba a punto de cerrar un trato multimillonario en el sector del gas de Medio Oriente.

Un hombre solitario y rico al que nadie echaría de menos.

Se había alojado hacía dos días y su reserva duraba otros dos días más. Tiempo de sobra para completar el encargo.

Jen pasó junto a él. Dejó que su fular de seda ondulara ligeramente en su camino al ascensor y se aseguró de no establecer contacto visual.

Jen se llamaba Vanessa Truskowa aunque hacía casi quince años que nadie se dirigía a ella por ese nombre. Metro setenta y dos, treinta y seis años, cabello platino, siempre había sido rubia, pero lo acrecentaba con baños de manzanilla, ojos miel, formada en técnicas de aikido y kendo.

Jen se había alojado en todo tipo de hoteles: modestas cabañas en las montañas, torres de cristal en centros financieros, enormes complejos turísticos junto al mar. Este balneario combinaba lujo y comodidad a la perfección. La habitación daba a un jardín de dalias y rosales, y las montañas enmarcaban el paisaje como en una postal. La cama era amplia, la colcha blanca, los cojines gris perla. Dentro del armario encontró dos albornoces y una punzada de soledad le atravesó el pecho.

Otro encargo.

Otra habitación de hotel sin compartir.

Una vida menos.

Jen sabía bien cuál era la diferencia entre el amor y el sexo. El amor no existía. Era solo una construcción social que te conducía a una vida de domesticidad y servidumbre. El sexo era un medio para un fin. Un instante de intimidad compartida. Materialidad, tacto y aliento. Después no era nada más.

Colocó la maleta sobre la cama. Sacó el bañador y se cambió. Era negro. La pistola y el silenciador los ocultó debajo de la almohada. Los encargos se ejecutaban con un solo disparo: la firma de su empresa. Por su puesto, las autoridades se mantenían al margen en este aspecto. Ningún inspector con sentido común metería las narices en la gestión del gas ruso.

Jen se envolvió en el albornoz y se dirigió al balneario: "Templo del Agua". Siempre es en terreno sagrado dónde se ejecutan los mayores crímenes. El suyo no

era tan grande. Un CEO que estaba a punto de hacerse con el control exclusivo del consumo de combustibles fósiles de Europa a través de Medio Oriente.

La frase justificaba el delito.

Las burbujas masajearon las piernas de Jen cuando Ryan entró en el recinto de la piscina acompañado de otros tres CEOs. Su nacionalidad americana les precedía, no solo por el marcado acento de la costa este, sino por la flacidez pálida de sus cuerpos. El de Ryan era una excepción y Jen levantó la ceja al observarlo. En bañador resultaba más atractivo de lo que había imaginado.

Jen se puso manos a la obra. Salió del área de burbujas y paseó por la piscina con aire distraído. Después se dirigió a la sauna.

Los tres CEOs y varios visitantes masculinos la siguieron con la mirada. Era imposible no hacerlo. Había tanta perfección en el movimiento de su cadera que el bikini de tiras sugería la sensualidad de un regalo que espera que lo desenvuelvan.

Ryan no tardó en disculparse con sus compañeros y seguirla.

Jen se había sentado sobre la toalla en el banco superior de la sauna. Sabía que si se tumbaba acabaría con una bajada de tensión. Las primeras gotas de sudor aparecieron en su espalda cuando Ryan abrió la puerta.

—¿Español? —preguntó Ryan mientras colocaba su toalla.

—Un poco —respondió Jen con un forzado acento de Europa del este.

—¿Alemania? —intentó adivinar Ryan.

—Croacia —mintió Jen.

—Hermosas montañas —Ryan intentó continuar la conversación.

—Demasiados americanos.

—Soy americano —aclaró Ryan con una sonrisa.

—Disculpa —Jen simuló que había cometido un error—, confundí tu acento con el de Oxford.

—Así que Oxford te gusta, pero América, no —aclaró Ryan—. ¿Has venido sola?

—La mejor compañía es la que se encuentra en cada viaje —respondió Jen. Era una frase de catálogo, tenía unas cuantas que variaba y combinaba para la ocasión. Esta nunca le había fallado; hasta ahora.

A Ryan le gustaba sentir que tenía el control y la frase había sido demasiado directa. Al contrario que Jen, Ryan llevaba toda la vida confundiendo el sexo con amor;

un hombre despiadado en los negocios que se volvía indefenso ante el cuerpo cálido de una mujer. Se sentó en el banco inferior, apoyó la espalda contra la pared de madera y cerró los ojos dando la conversación por terminada.

Jen maldijo para sí. Salió de la sauna y sumergió las manos en el cubo de hielo de la entrada. Se lo pasó por las piernas, por las muñecas y el cuello. Se sentó en el banco de piedra unos minutos hasta que su temperatura corporal se reguló otra vez.

Tenía que conseguir que Ryan la invitara a su habitación. Por supuesto que sabía cómo forzar una cerradura de hotel, pero resultaba más complicado y podía llamar la atención entre otros visitantes.

Decidió dejar el recinto. Hacía demasiado calor y necesitaba aire fresco para pensar. Una escalerita exterior daba acceso a una piscina de agua fría y se dirigió hacia allí. Se sumergió despacio mientras sus músculos se contraían por el cambio de temperatura. Se acomodó y descansó la cabeza en el bordillo.

No se escuchaba nada. O al menos, nada de a lo que ella estaba acostumbrada, porque sí existían sonidos alrededor: el de los fresnos al agitarse; el de las aves inidentificables en lo alto de sus nidos; el de la montaña con sus enigmas.

Una voz la sacó de sus pensamientos.

—El paisaje es excepcional —Ryan se sumergía en la piscina junto a ella—
¿Es la primera vez que visitas el balneario?

—Sí, no conocía Cantabria —respondió Jen.

—Es la naturaleza lo que me encanta de este. El olor a tierra y a agua.

—¿La naturaleza?

—Escúchalo, es el silencio —aclaró Ryan.

Tenía razón, era el silencio. O la ausencia de él. Pero Jen tenía un encargo que completar y no podía quedarse a vivir en versos desordenados.

—¿Eres poeta? —preguntó Jen.

—Solo cuando no estoy trabajando, ¿y tú?

—Comercial de turismo—mintió Jen.

—Así que la visita a este balneario es un regalo de empresa para que lo recomiendes a tus clientes.

—Has acertado de pleno, se te da bien la gente.

—No, se me da bien el dinero, y a la gente le encanta.

—Me estoy quedando fría —dijo Jen, era la primera frase sincera de toda la conversación.

—Entonces, ¿cenarás conmigo? —propuso Ryan mientras Jen sacaba su cuerpo de ninfa de la piscina.

—Me gusta cenar sola —concluyó ella.

Era el momento de retirarse. Subió las escaleras con la elegancia con la que una gacela se alejaría de un tigre enamorado. Antes de regresar a su habitación se detuvo en la planta baja. Se dirigió hacia la recepción.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó la chica que cubría el turno de tarde.

—Sí, puedes. Me alojo en la 312 —dijo Jen.

—Señorita Dorian —comprobó la chica consultando la pantalla del ordenador.

—Hazme un favor, si el caballero de la junior suite pregunta por mi número de habitación, ¿serás tan amable de decírselo? —sonrió pícaramente y le guiñó un ojo.

La recepcionista no pudo evitar sonrojarse por lo evidente de la petición.

—Claro señorita Dorian, con su permiso.

Jen se dio la vuelta y se dirigió al ascensor.

Cenó sola.

No le gustaban los salones y odiaba sentirse observada.

Pidió tallarines con setas y tarta de queso. Bebió agua. Se vistió con un camisón de raso y una bata negra. No se puso ropa interior. Sabía que Ryan pasaría a buscarla, solo tenía que esperar.

Sacó la pistola y colocó una bala en el cargador. Después ajustó el silenciador.

Había formas peores de ganarse la vida.

Se sentó junto a la ventana. La montaña no se veía en la oscuridad de la noche, pero el jardín del hotel estaba iluminado por puntos de luz colocados estratégicamente y daban al lugar un aspecto romántico, como si se tratara de una novela con protagonistas dramáticos y finales fallidos: la Anna Karenina del siglo XXI. Nunca sería como ella.

A las diez y media, un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Jen se dirigió a abrir.

Ryan estaba fuera.

—Te he echado de menos en el comedor —explicó Ryan.

—Tenía trabajo —dijo Jen.

—¿Quieres caminar?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿Caminar? —repitió Jen.

—La noche es preciosa. ¿Me acompañas?

—Ya estoy en camión —respondió torpemente.

—Te espero.

Ryan se dio la vuelta y se apoyó contra la pared.

¿Caminar?

A Jen no le quedó más remedio que enfundarse en sus vaqueros para salir con él. Se guardó la pistola en el interior de la chaqueta y echó una última mirada al espejo. Tenía que completar el trabajo.

Recorrieron el jardín. El paso de Ryan era rápido y Jen se sentía incómoda manteniéndose a la altura. Sus zancadas abarcaban casi el doble de las de ella. Cuando llegaron al camino que discurría junto al río, él redujo el ritmo.

—Es el río Pas, nace en las montañas —informó Ryan—. A mi hijo mayor le encanta la geografía. Siempre hablamos de los lugares a los que viajo.

—¿A tu hijo mayor? —preguntó Jen, sorprendida.

—No le veo tanto como quisiera, pero mantenemos comunicación por carta. Ya sabes, las tradicionales, las que van con sello y encuentras en el buzón.

El perfil que Jen había estudiado de Ryan empezaba a desmoronarse. ¿Se escribía cartas con sus hijos? ¿Hablaban con ellos sobre ríos y montañas?

Ryan sacó una figurita de su bolsillo y se la mostró. No era grande, cabía en la palma de su mano.

—¿Qué es? —preguntó Jen.

—Una anjana —explicó Ryan—. La compré en la tienda de recuerdos para mi hija pequeña. Son brujas bondadosas de la región.

—No me digas más, con ella hablas de mitología —añadió Jen.

—Ya sabes, sirenas, hadas y ninfas. Todos los lugares tienen sus propios guardianes.

—¿Ninfas buenas? —dudó Jen—. ¿De verdad crees en estas cosas?

Ryan se detuvo. Acercó la mano hacia su cabello y la acarició suavemente. Jen no supo alejarse. El gesto era demasiado íntimo.

—¿Por qué no iba a creer? —respondió él.

Mientras se besaban, mientras sus cuerpos se encontraban bajo la ropa y sus pieles describían sus historias, Jen se olvidó de la pistola, del encargo y de su nombre.

De regreso al hotel, Ryan la mordió suavemente en la clavícula y ella dobló el torso hacia atrás aceptando su cuerpo.

Un instante de sexo que nunca alcanzaría una vida de amor.

Cuando se separaron, Ryan no tardó en dormirse. Estaba seguro de que, en esta ocasión, la chica seguiría junto a él por la mañana.

Jen, no.

Ella mantuvo los ojos abiertos consciente de que no había venido de vacaciones, sino a completar un encargo. Ryan presentaba una política de acoso y derribo hacia la gestión de Nord Stream 1 y 2 y había billones en juego. Él sabía que traer gas de Medio Oriente resultaba arriesgado. Nunca sospechó hasta qué extremo.

Jen salió de la cama y se vistió. Desnuda se sentía demasiado vulnerable.

Sacó la pistola. Ryan estiró la mano, dormido sobre el colchón, y la llamó en sueños.

—Jen.

Ella no era Jen. No la conocía. No sabía nada. Era Vanessa, de nacionalidad rusa y huérfana a los dieciséis. Tenía miedo de las arañas, de los precipicios y de la lluvia en el asfalto. Su comida favorita eran las patatas asadas. Había leído a Tolstoy, pero prefería los relatos de Chekhov.

"Jen".

Los nombres no se adivinan.

Le acarició el rostro por última vez. Ryan no iba a despertar. Era su trabajo.

Y se dio cuenta de lo cansada que estaba.

Había sido el agua. El color azul. El fluir del río Pas que nacía en las Peñas Negras y desembocaba en las aguas del mar Cantábrico.

El agua deslizándose por su espalda. El agua regulando su temperatura. El agua acariciando su cuerpo.

Como si le ofreciera otra oportunidad.

El agua borrando su vida para ofrecerle otra sin definir.

Jen, Vanessa, una decisión para dos nombres.

Lo malo de este oficio era que no aceptaba resignación. Era la vida de Ryan o la suya.

Quitó el seguro de la pistola.

Ryan se despertó en una habitación vacía.

Jen. La palabra sabía a melocotón maduro en sus labios. ¿Dónde estaba? Quizá había bajado a desayunar. Quizá entrenaba en el gimnasio. Quizá se había levantado al amanecer y llegaría en cuestión de minutos con su cuerpo cubierto de sudor después de correr ocho kilómetros junto a al río.

Ninguna de las posibilidades era cierta.

Se dirigió a la ducha. Tenía una videoconferencia y después debía reunirse con un cliente en Santander. Al día siguiente volaba a Londres y de allí a Ginebra. No tenía tiempo para sentirse disgustado, aunque a cada segundo le parecía escuchar que alguien golpeaba la puerta.

Jen.

¿De verdad se había marchado sin decir nada?

Estaba a punto de abandonar la habitación cuando su mirada se detuvo sobre el escritorio. Había un sobre que no recordaba haber dejado allí. Lo cogió. Estaba cerrado, pero contenía algo pesado. No tenía nombre ni dirección.

Lo rasgó y vació el contenido en su mano. Le faltó el aire. Dio dos pasos hacia atrás y se sentó sobre la cama. Entonces abrió los dedos para contemplar el objeto que sostenía.

Una bala redonda, perfecta. La geometría de la muerte. La dejó sobre el colchón y desdobló la nota. Solo había una palabra escrita: "Vanessa".

Cogió otra vez la bala y el día anterior volvió a repetirse en su memoria, pero esta vez, todo tenía un significado diferente: la llegada de Jen a la recepción del hotel, su cuerpo perfecto en la piscina, el acento del este y la respuesta: "Croacia". Encontró la primera mentira. Él había visitado Croacia y el acento era diferente, más cerrado, más arisco. Después las suposiciones: ella nunca confirmó su profesión; ella no le invitó a cenar; ella no golpeó su puerta al anochecer.

Todo había sido un juego en el que ella era la única que conocía el final. Pero entonces, ¿cómo había acabado así?

Leyó la nota otra vez: "Vanessa".

Su cabello olía a manantial; su cuerpo era una cascada al vacío. Encerró la bala en el puño

Vanessa.

Acababa de conocer a la muerte y esta, compasiva, le había dejado marchar. ¿Compasiva? La muerte no sabía de compasión. Era otra cosa. Una incógnita. Una duda irresoluble.

Vanessa.

Tenía que encontrarla. Ella era la respuesta.